

'A batalla de Sibirana'.
Mauricio Delgado.
Consello d'a Fabla Aragonesa.
Uesca, 2015.

EN ARAGONÉS / JOSÉ ÁNGEL SÁNCHEZ

Las fantasías de Mauricio Delgado

Hace ya unos años, Mauricio Delgado firmó una novela estupenda, 'A batalla de Sibirana' (Huesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 2015), por cuya entrelínea parecen asomar algunos grandes nombres tutelares del género fantástico, a menudo escorados hacia un público juvenil. C. S. Lewis, J. K. Rowling, acaso también Tolkien, junto con un latido de 'sword and sorcery' netamente audible. Aunque quizás no quepa postular en este caso influjos directos, sino, más bien, la común presencia de una serie de intereses y recursos, de temas, motivos y constricciones que operan por igual bajo distintos desarrollos argumentales. De cierto 'polen de ideas', en suma, por decirlo con aquella expresión tan certera que acuñó William Faulkner. O, si se prefiere, de una utilería preexistente y bien surtida, que el autor de esta obra aprovecha con enorme intuición narrativa para cuajar la trama a base de una gestión muy habilidosa de tiempos, espacios, hechos y personajes.

Duendes del bosque, diablillos de buen genio, pizpiretas –e intrépidas– hadas voladoras, niños, castillos fuertes, veredas umbrías, brujos y brujas de toda laya, bestias atroces, más el inevitable héroe, de nombre Chermán, dotado de unos poderes en verdad singulares gracias a un objeto mágico, nutren las páginas de una novela muy imaginativa, que no da tregua ni respiro, ligera y muy divertida en algunos tramos –valga de muestra el monumental «estrapaluzio» de Uncastello–, pero que se va tornando más y más oscura a medida que avanza, hasta aparecérsenos como un ejercicio narrativo de hechuras y trasfondo nada complacientes.

Elementos como los arriba mencionados son característicos también del acervo narrativo folclórico, al menos en una parte nada despreciable. Y desde allí se arraigan, por ejemplo, en los mitos o en los 'libros de caballerías'. Sin contar con el moderno aliño de la vertiente cinematográfica, donde han acabado por hacerse moneda corriente. La novela de Mauricio Delgado me trae enseguida a la memoria 'Willow', 'Dentro del laberinto' e incluso 'Excalibur', tres películas bien distintas entre la maraña de variaciones fílmicas que han erizado de ribetes mágicos nuestra memoria audiovisual. Porque con sus vaivenes temporales y sus saltos entre tramas paralelas, vertebrados gracias a un narrador omnisciente, 'A batalla de Sibirana' parece pulsar también las teclas del ritmo cinematográfico, aunque sin olvidar por ello que la literatura narrativa ha conocido desde siempre ese mismo modo organizativo. Y la obra de Mauricio Delgado es novela en el sentido más estricto del término. Un breve fragmento –sin 'spoiler'– dará idea de lo que el lector puede esperar de ella: «Chermán se miró o reloj. El sí que amenistaba rematar ixé quefer antis con antis. O tiempo pasaba e no teneba que dos oretas como masimo ta poder tornar con Francho ta la puerta de o espazio-tiempo». Quien quiera saber qué hay más allá de esa puerta tendrá que adentrarse en 'A batalla de Sibirana'. No quedará defraudado.

LIBROS

NOVELA HISTÓRICA UNA MIRADA DESMITIFICADORA A CUATRO MANOS DEL FAMOSO REY

El soberano equívoco

NARRATIVA ARAGONESA

Batallador

José Luis y Alejandro Corral.
Doce Robles.
Zaragoza, 2018. 469 páginas.

No es un hecho habitual la edición de novelas, históricas o no, escritas al alimón por dos autores y menos aún, como este es el caso, por padre e hijo. Pero tras el laborioso proceso de documentación, una magnífica compenetración ha dado lugar a un relato homogéneo y apasionado en el que no se ven diferencias de estilo.

En la novela aparecen ochenta y siete personajes históricos y solo dos de ficción, Bernardo de Jaca, el narrador, consejero y amigo íntimo del rey Alfonso I el Batallador, y Elvira de Toro, noble leonesa y dama de compañía de la reina Urraca de León. También hay un, podríamos llamarlo así, cameo onomástico de dos escritores amigos, Javier Sierra y Santiago Posteguillo. ¿Les suenan?

El relato, aparte del obligado rigor histórico, es creativo, ameno, dinámico y, en muchas ocasiones, emocionante, como la vibrante persecución de almorávides al rey y sus caballeros entre Tauste y Ejea. O el arrebatador inicio en San Juan de la Peña, cuando dos niños, Alfonso y Bernardo, sufren el acoso voraz de una manada de lobos.

La novela relata la vida de un rey legendario, hijo segundón de Sancho Ramírez, que fue educado desde niño en monasterios para ser un monje guerrero, fiel seguidor de la fe cristiana. Como buen guerrero, se rodea siempre de hombres y cuando la gloria de las batallas le brinda la oportunidad de yacer con féminas, él las rechaza. La condición homosexual del Batallador queda reflejada de forma muy sutil, pero a la vez inequívoca, en la relación afectiva con su consejero y confidente Bernardo de Jaca, coprotagonista de la novela y narrador en primera persona del relato.

Otro apartado significativo, enlazando con la orientación sexual del Batallador, es la relación con su esposa, la reina Urraca de León. Su fracasada unión dio lugar al nacimiento de la leyenda negra del rey aragonés en Castilla y León. Los cronistas leoneses tildan al aragonés de impío, tirano, nefando, traidor, cobarde, soberbio y otras lindezas parecidas. Sin embargo, los aragoneses lo muestran como valeroso, buen gobernante y prudente, mientras doña Urraca fue adúltera y conspiradora.

Está claro que la historia se escribe según el poder establecido. Visto hoy, Alfonso I sería un misógino redomado y un maltrata-

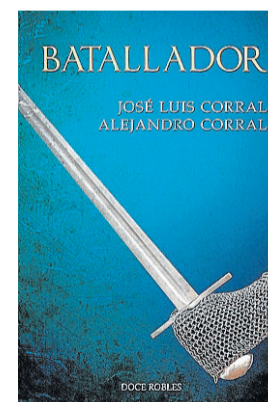


Francisco Pradilla realizó el cuadro más famoso del Batallador. A. HA

dor. Pero estamos hablando del siglo XII.

Los autores resaltan el indudable valor del Batallador –en primera línea durante la batalla de Alcoraz–, su obsesión por conquistar la Tierra Santa de Jerusalén, su notable visión como gobernante –al reforzar las fronteras y facilitar el asentamiento de colonos en las nuevas tierras conquistadas–, y esa asombrosa incursión por tierras musulmanas del imperio almorávide, que le llevaron a las puertas de Granada para traer mozárabes y así poder repoblar Aragón.

El libro constituye un fidedigno retrato del mundo medieval aragonés e hispánico del siglo XII, una época convulsa dominada por las continuas guerras, cuando la violencia se manifestaba de forma abrupta, natural y desalmada. Léanse con detalle la descripción de la famosa batalla de Cutanda. La novela desmitifica también la épica de los asedios: en muchos casos, el hambre



de los sitiados era el factor decisivo. Alfonso I de Aragón se convirtió en una leyenda ya en vida. Llegó a reinar en Aragón, Pamplona, León y Castilla.

Ahora es conocido por muchos por ser el conquistador de Zaragoza, el 18 de diciembre de 1118, pero en total participó en una treintena

de batallas, de las que salió vencedor en todas de ellas, excepto en la última, la de Fraga, en julio de 1134. Pocos meses después murió en Poleñino. No tuvo descendencia y en su testamento, único en la historia, dejaba como herederos de su reino a las Órdenes Militares del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, constituidas unos años antes en Jerusalén. Los nobles aragoneses no le hicieron ni caso y nombraron rey a su hermano Ramiro II el Monje. Pero esa es otra historia. Este magnífico libro de José Luis Corral (Premio de las Letras Aragonesas) y Alejandro Corral será uno de los éxitos del año.

AGUSTÍN MARTÍN SORIANO